



Artículo: "Mundos posibles" y narrativa histórica

Autor(es): Salazar Sotelo, Julia

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 60

Año: 2001

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salazar Sotelo, Julia. ""Mundos posibles" y narrativa histórica" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 60 (2001): p. 29-45. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3968>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

“Mundos posibles” y narrativa histórica

Julia Salazar Sotelo

Universidad Pedagógica Nacional

Nadie puede negar que la forma más natural que tenemos los humanos para comunicarnos es la narrativa; ésta se presenta en todos los ámbitos de la vida, desde la conversación telefónica o el sabroso “chismorreo” de un grupo de amigos hasta en las obras literarias e incluso en las científicas (en las que regularmente no es bien aceptada). Las narraciones están presentes en todo acto de la comunicación humana, en todo lo que revele la presencia de las acciones del hombre y su relación con el medio. En pocas palabras, la narrativa es el medio más importante de relación social.

Las narrativas nos permiten adentrarnos en una situación determinada, como un día de campo, una ruptura familiar o la importancia de la marcha zapatista para la sociedad mexicana. Generalmente, lo hacemos a través de la descripción de las acciones de los personajes para poder elaborar una configuración unitaria y a través de ella comprender esa experiencia humana en su contexto social. Las narraciones pueden ser reales, ficticias o simbólicas, una de “sus principales características es que tratan de personajes, es decir, lo que acontece está relacionado con unos actores, que generalmente son seres humanos, aunque en muchas fábulas o cuentos sean animales, e incluso objetos, pero que actúan como seres humanos. Además transcurren en un tiempo que se va desarrollando a lo largo de la narración”¹ y en un espacio particular. Sin embargo, habría que precisar que a pesar de que la narración trate de “algo” y “alguien” particular, su objetivo es hacer comprensible el hecho para saber qué es lo que *sucedía y por qué sucedió*; es, pues, una secuencia de eventos significativos que giran en torno a lo narrado; no es la simple crónica o descripción.

El modo de pensar narrativo es la manera en que los seres humanos construimos y explicamos nuestra realidad; el “contarnos historias” permite la construcción de significados con los cuales damos sentido a las experiencias del hombre como ser social y ofrece una “imagen” coherente de esa realidad. Como lo señala J. Bruner, la narrativa se ocupa de las acciones humanas y de las vicisitudes y consecuencias que marcan su transcurso; la historia surge de lo que es absolutamente particular y la forma de este pensamiento es de imágenes que no tienen que seguir una lógica lineal, sino que funciona por otros senderos como las analogías y las semejanzas, y avanza por la secuencialización de eventos significativos en función de la problemática que se esté narrando.

¹ Juan Deval, *Aprender en la vida y en la escuela*, Madrid, Morata, 1999, p. 40.

El “contar historias” es aparentemente contrario al pensamiento lógico deductivo; sin embargo, se parte del hecho de que es un modo de pensar posible para aprehender la realidad histórica, presente en el trabajo de los historiadores, y la forma más característica de la historia para explicar lo particular, y dar cuenta de lo que sucedió y lo que solía suceder en una determinada época histórica.

Naturaleza narrativa del conocimiento histórico

Como todo proceso de conocimiento, la historia no ha sido la misma desde su origen: ha tenido cambios y avances tanto en su forma de aprehender la realidad o los hechos del pasado como en la manera en que se expresa y construye el conocimiento de esa realidad, es decir, en su escritura. En este andar, la reflexión filosófica sobre el conocimiento histórico se ha centrado en la naturaleza de su explicación,² si es ésta causal —propia de las ciencias empírico-analíticas— o teleológica, es decir, si está ubicada en explicaciones de tipo nomológico-deductivo (al igual que las ciencias naturales) o en la comprensión narrativa, propia de la hermenéutica.

Algunos historiadores y filósofos de la historia sostienen que la explicación histórica para aspirar a ser efectivamente científica debe asemejarse a la de las ciencias naturales; se presupone que son equivalentes al conocimiento en forma de leyes (nomológico) y que a éste se le adjudica una función explicativa que es considerada como determinante para la lógica científica, es decir, que únicamente lo que se pueda formular por leyes puede ser considerado como racional o científico.³

Para esta corriente, agrupada en el llamado positivismo lógico, el único paradigma del saber posible es el saber científico nomológico-deductivo; por ello, si la historia aspira a ser una ciencia, tendría que ajustarse a estos criterios y a la búsqueda de universalidad.

Según el empirismo lógico, toda explicación está dada por leyes que, de alguna manera, envuelven a los acontecimientos (idea planteada por C. Hempel en su teoría de *covering laws*). Los historiadores norteamericanos aglutinados en *The New Economic History* estaban a favor de un método histórico copiado de las ciencias empíricas y de una explicación histórica que pudiera ser cuantificable y

² El debate acerca del estatuto epistemológico de la historia, o lo que es lo mismo la discusión en torno a la naturaleza del conocimiento histórico, se entronca con una de las más viejas discusiones filosóficas, ya que está presente nada menos que en Aristóteles, y, como todos los añejos debates, guarda en su seno todo un conjunto de cuestiones de naturaleza a veces muy heterogénea. José Bermejo, *Entre historia y filosofía*, Barcelona, Akal, 1994, p. 155.

³ “[...] es decir, para que algo sea considerado una explicación es necesario, en primer lugar, que tome la forma de una argumentación deductiva, cuya conclusión sea el enunciado que designa el acontecimiento a explicar y, en segundo lugar, en el *explanans* deben estar presentes una o más leyes generales que expresen regularidades empíricas. De este modo, un acontecimiento queda explicado cuando es ‘cubierto’ por una ley y sus antecedentes, que son legítimamente causas”. Arthur C. Danto, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, introducción de Fina Birulés, Barcelona, Paidós, 1989, p. 12-13.

expresable en un modelo teórico, en la que por supuesto desaparecía el acontecimiento, los individuos y la narración como forma de explicación.

De acuerdo con otros historiadores, como P. Veyne, en historia no hay leyes, no existen en sí mismas, sino que por referencia implícita al contexto concreto la historia es finalmente una historia de singularidades, y aunque se repitan las singularidades no se podría derivar una ley.

Otro camino de la reflexión filosófica en torno a la explicación histórica, que se presenta como una alternativa teórica frente a los problemas derivados de la utilización del esquema explicativo nomológico, es el enfoque intencionalista. Este tipo de explicación parece el más adecuado para la comprensión de los hechos históricos, dado que no se basa en leyes universales y sí pretende explicar las acciones del hombre en su contexto social

El fundamento de la explicación intencionalista es comprender la acción del sujeto. Von Wright señala que un sujeto puede alcanzar un objetivo preciso sólo estando en una situación determinada. Lo más característico de este modelo es que lo que se deriva de las premisas no es una conclusión lógica, sino una inferencia práctica, en el sentido de constituir una acción adecuada para la realización del fin propuesto.

La base del modelo intencionalista o teleológico encuentra su apoyo principalmente en un esquema explicativo de inferencia práctica "un sujeto tiene la intención de realizar algo". El esquema de explicación intencional se basa en una racionalidad que excluye los pronósticos, y utiliza "lo narrativo" por considerarse la forma más natural o susceptible de expresar las acciones o intenciones hechas por el hombre. En este modelo se asume que el papel de la narrativa es comunicar las acciones e ideas meritorias de los grandes hombres (ya que estas ideas y acciones son las que hacen y mueven la historia), que hace hincapié en un orden cronológico secuencial para ordenar los acontecimientos. A esta concepción histórica la llamaremos "narrativa tradicional" para diferenciarla de la propuesta de este ensayo.

Habría que desarrollar más profundamente los interrogantes y los límites que plantean estos dos modelos de explicación histórica, y hasta qué punto pueden ser considerados como explicaciones propiamente históricas, si sólo son planteamientos incompletos que nos conducen a la ambigüedad, o si sólo son cuasi-causales o cuasi-teleológicos.

Estos modelos han sido sometidos a severas críticas, como modelos explicativos para la historia y la ciencias sociales. Por ejemplo, Pereyra considera que, en el caso de la explicación intencionalista, "el problema de la ciencia de la historia no consiste en identificar quiénes son los agentes del proceso, pues sin duda alguna son los hombres y sólo ellos. La dificultad estriba en localizar los factores que determinaron el carácter de su actividad y, por tanto, la explican. Restringir la búsqueda de esos factores determinantes al ámbito de las intenciones, planes o proyectos de los agentes es quedarse a medio camino en la explicación".⁴ Lo crucial de la com-

⁴ Carlos Pereyra, *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 28.

preensión histórica no es reexperimentar las intenciones de los hombres, sino en el análisis del hacer social del hombre en su contexto social y cultural.

Ante esta problemática, la respuesta que pretenden los filósofos de la historia, los historiadores y los científicos sociales para comprender y explicar el mundo de lo vivido los enfrenta al reto de precisar más objetivamente el campo problemático entre la explicación y/o la comprensión en la historia, en el que se pueda llegar a construir el conjunto de relaciones generales y de acciones humanas que trascienda la vida individual de los sujetos pero que los contemple en su dimensión social.

Si aceptamos la idea de que en historia no es posible hallar leyes que sean similares a las de las ciencias físicas que establecen enunciados universales, en las que el hecho particular tenga que explicarse necesariamente dentro de las regularidades que establece esa ley, habría que fundamentar la explicación histórica que permita hacer inteligibles o comprensibles los acontecimientos históricos, sin aspirar al establecimiento de leyes universales.

En este sentido, se han realizado algunas propuestas desde distintas perspectivas teóricas que pretenden reconciliar la oposición establecida entre la comprensión y la explicación; entre lo vivido y las generalizaciones, es decir, una explicación que tenga presente que la historia es lo singular pero que esto no existe sino en relación con una concepción de lo social, y que obviamente su individualidad no implica que no pueda ser explicado de manera científica, a pesar de que la explicación no sea de la misma naturaleza que en las ciencias naturales.

Como respuesta a esos planteamientos, Arthur Danto (desde la perspectiva de la filosofía analítica) plantea que la historia es ciencia en la medida en que está construida por enunciados narrativos que podrían comprenderse como una forma de explicación nomológico-deductiva; precisa que la explicación en la historia tiene una finalidad fundamental: buscar o dar significado a los acontecimientos que han dispuesto los historiadores en su explicación. Con lo anterior, Danto ubica el problema de la inteligibilidad de la historia precisamente en la narrativa y perfila el debate al terreno de lo hermenéutico-comprensivo e "introduce el término *story* (relato) como elemento que abarca un conjunto de eventos relacionados entre sí; el historiador cuando narra, escoge algún acontecimiento —que tiene un principio y un final— y en el que puede conectar dos o más sucesos separados temporalmente entre ellos, buscando la significación del primero en función del futuro que los agentes del primer suceso no conocían".⁵

Así, la recuperación de la narración, como una forma de explicación científica en el conocimiento histórico, va a enfrentarnos a la búsqueda de significación de los acontecimientos:

⁵ Norma Durán, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *Metodología III. Historia y narración*, México, UNAM, División en Ciencias Sociales y Humanidades, 1997, p. 31.

Preguntar por la significación de un acontecimiento, en el sentido histórico del término, es preguntar algo que sólo puede ser respondido en el contexto de un relato (*story*). El mismo acontecimiento tendrá una significación diferente de acuerdo con el relato en que se sitúe o, dicho de otro modo, de acuerdo con qué diferentes conjuntos de acontecimientos posteriores pueda ser conectado. Los relatos constituyen el contexto natural donde los acontecimientos adquieren una significación histórica.⁶

Para Danto la explicación histórica es simple y sencillamente narración; desde el momento en que se intenta explicar un hecho, se seleccionan determinados acontecimientos que se expresan en un todo coherente, es decir, se narrativizan los acontecimientos para dar cuerpo a una explicación que continuamente se reescribe y se reevalúa su significado. En esta misma línea argumentativa, Hayden White señala que la narrativa es la traducción del relato a conocimiento, es el configurar la experiencia humana en formas asimilables a estructuras de significación.

La narrativa impone significación a los acontecimientos, lo cual manifiesta su historicidad y revela una estructura significativa que es inmanente a lo largo de todos los acontecimientos (por la propia historicidad de ellos). Por ello, la objetividad de cualquier relato narrativo de sucesos reales (sucesos que se presentan como el contenido del discurso histórico) es que son objetivos, porque pertenecen a las acciones cotidianas de la realidad social pero, sobre todo, porque fueron significativos para la comprensión de un momento de la realidad sociohistórica (que revela un lugar en una secuencia cronológicamente ordenada) y finalmente porque lo re-elaborado por el historiador entra en la secuencia lógica de la conciencia de su tiempo, “la autoridad de la narrativa histórica es la autoridad de la propia realidad, el relato histórico dota a esta realidad de una forma y por tanto la hace deseable en virtud de la imposición de los procesos de la coherencia formal que sólo poseen las historias”.⁷

Así pues, la construcción del conocimiento histórico no está dada exclusivamente en la forma de apropiación del pasado, sino en la significación que se le dé a ese pasado. La historia pertenece a la categoría de lo que puede denominarse “el discurso de lo real”; sin embargo, la realidad lleva la máscara de un significado, cuya integridad y plenitud sólo podemos imaginar, deducir, inferir (pero no experimentar) en las huellas accesibles que haya dejado ese pasado.

El desdén hacia la historia narrativa que prevaleció durante muchos años sostenido por la principal corriente historiográfica —la escuela francesa de los *Annales*— estuvo determinado por el combate que establecieron sus fundadores Lucien Febvre y Marc Bloch contra la historia que denominaban “narrativa”⁸

⁶ Arthur Danto, *op. cit.*, p. 45.

⁷ Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, España, Paidós, 1992, p. 35.

⁸ Jacques Le Goff, “La nueva historia”, en Jacques Le Goff, Chartier y J. Revel, *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988, p. 268.

—en líneas anteriores la he denominado “narrativa tradicional”— por ser ésta una historia-relato, una historia fáctica, “teatro de apariencias” que enmascara el verdadero juego de la historia, el cual ocurre en estructuras ocultas que hay que averiguar, analizar y explicar. “Ellos consideraban que la historia escrita hasta entonces carecía de validez científica por presentarse bajo los límites de la narrativa. La historia narrativa aparecía, para ellos, como un relato de eventos o acontecimientos incapaz de explicar los fenómenos que investigaba.”⁹ En ese sentido, la explicación histórica de ninguna manera podría expresarse de forma narrativa.

Hay que subrayar que el rechazo que manifestaban hacia la historia narrativa se fundaba en el desagrado que sentían frente al tratamiento convencional que tenían los historiadores tradicionales: el de concebir a la historia sólo en su dimensión política y reconstruir la experiencia a partir de un eje temporal y cronológico, así como a la convicción de que la historia de los grandes personajes se prestaba más a la ficción y a la novelística que al estudio científico de la realidad.

Los analistas atacaban la historia de acontecimientos, porque éstos eran entendidos como relatos de episodios en el área de la guerra, la diplomacia y la política, que se expresaban de forma narrativa. Sin embargo, como lo señala Paul Ricoeur, la controversia que sostuvieron los fundadores de los *Annales* en contra de la historia narrativa fue más bien contra la historia política del pasado que privilegia al individuo y al acontecimiento, es decir, combatían al objeto convencional de dicha historia que se prestaba más a la ficción y novelística que a la explicación de la realidad. No cuestionaron la narratividad desde una óptica epistemológica, “el concepto narración no es interrogado nunca por sí mismo, como ocurre con la primacía de la historia política y de acontecimientos. Se limita a negar, mediante el rodeo de una frase, la historia narración al estilo de Ranke (hemos visto antes que para Marc Bloch la narración forma parte de los testimonios voluntarios, por lo tanto, de los documentos)”.¹⁰ Por ello, el uso del término narrativa se ha prestado a confusión, ya que se le asocia indebidamente a la historiografía positivista. Así la “historia historizante” o de acontecimientos tuvo como sinónimo el de historia narrativa.

Como parte del combate de *Les Annales* contra la “historia política hecha por los grandes hombres”, la tarea historiográfica dedicó sus esfuerzos al análisis de los grandes procesos socioeconómicos, al estudio de las civilizaciones, las estructuras, los comportamientos y los índices en masa; es decir, enfocó su interés en los grandes procesos socioeconómicos y en los procedimientos analíticos de “larga duración”. La explicación histórica se ajustaba más a lo cuantitativo que a lo narrativo.

Para los historiadores analistas de la década de los sesenta, las viejas formas de investigación rankiana habían sido sustituidas por la historia-problema y “cen-

⁹ Norma Durán, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *op. cit.*, p. 11.

¹⁰ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995, p. 180.

traron su atención en la llamada historia cuantitativa, cuyo análisis conduce hacia la identificación de las estructuras que subyacen bajo los fenómenos de la superficie".¹¹

Sin embargo, hay que mencionar que la concepción sobre la escritura de la historia ha cambiado. En la actualidad se puede atestiguar que el interés de los historiadores se ha diversificado de acuerdo con los cambios intelectuales, psicológicos y culturales del desarrollo de las sociedades; al mismo tiempo se ha abandonado el enfoque estructural analítico como única forma de escribir historia, la historiografía ha incursionado en la narrativización de los hechos como explicación histórica y no como simple género literario.

De alguna manera el abandono del modelo económico ha coadyuvado a considerar otras formas de "hacer historia", de plantearse nuevos problemas y, sobre todo, de enfrentar el punto de que en un mismo espacio y un momento históricos se suceden muchas historias y no una sola, lineal y cronológica. Las causas de tal abandono pueden ser muchas; sin embargo, se puede coincidir con el historiador Stone en que una posible

causa para el resurgimiento de la narrativa sería el extendido desencanto con respecto al modelo económico determinista de explicación histórica (y que el enfoque cuantitativo en el que descansaba la historia no había dado los resultados esperados) [...] los nuevos historiadores de los cincuenta y los sesenta serán sin duda severamente criticados por su obsesión por las fuerzas sociales, económicas y demográficas de la historia, y por su incapacidad para tomar suficientemente en cuenta la organización política y la toma de decisiones, al igual que las veleidades observadas en las batallas, en los sitios militares, en la destrucción y en la conquista.¹²

La narrativa, un camino de la explicación histórica

La narrativa como forma explicativa del conocimiento histórico ha mostrado que para hacer historia no es indispensable el uso de categorías o proposiciones analíticas para hacer inteligible el pasado, o bien mediante el análisis de procesos de larga duración,¹³ o bien valerse no sólo de las masas anónimas (concebidas

¹¹ Sonia Corcuera, *Voces y silencios en la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 245.

¹² Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 101 y 103.

¹³ A primera vista, podría parecer que estoy en contra de lo que plantea Fernand Braudel respecto de los movimientos de larga duración, pero no hay nada más falso que ello, ya que él plantea en su obra *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* que para elaborar una historia global no se puede limitar sólo al estudio de las estructuras estables y al lento progreso de la evolución, sino que la historia se tiene que escribir bajo el signo de los acontecimientos. O bien se podría también pensar que estoy en contra de lo que plantea Carlos Marx, pero es falso. A menudo se ha entendido que Marx construye una gran generalización que permite hacer un amplio esquema de la historia en el que se pueden encasillar los acontecimientos específicos; sin embargo, él señala que habría que estudiar por separado, los acontecimientos notablemente parecidos y compararlos para, luego, encontrar la clave para la comprensión de estos fenómenos, pero nunca es posible dilucidarlos utilizando la llave maestra de una ley o generalización histórica.

como datos significativos para probar una hipótesis) que aspiren a establecer generalizaciones (leyes) que expliquen los procesos históricos, sino también de personas o acontecimientos que den significado al espacio y al tiempo en que suceden esos acontecimientos. Concebir de una manera abierta la historia permitió a su vez plantear nuevos problemas e interrogantes para cuestionar al pasado y, por ende, nuevas formas de expresar el conocimiento del pasado. Para el historiador Michel de Certeau por ejemplo, lo esencial del trabajo del historiador es penetrar con nuevas preguntas los documentos históricos, para crear "otra" comprensión de la realidad. Para él, la inteligibilidad es, y sigue siendo, una transformación permanente de la escritura de la historia o una narrativización de los hechos en una trama o intriga, como señala Paul Veyne.

En este camino abierto en la construcción de la historia, la escuela de *Les Annales* y sus seguidores tienen un lugar relevante, ya que el interés se desplaza hacia nuevos senderos y objetos de estudio. "Buscando otros caminos, la generación de historiadores que había llevado a cabo una relectura crítica de Braudel publica en 1974, bajo la dirección del conocido medievalista Jacques Le Goff, un ambicioso trabajo de equipo con la intención de hacer, una vez más, una nueva historia y de proponer nuevos problemas, nuevos enfoques y nuevos temas."¹⁴ En este sentido, *Les Annales* franceses de los últimos años han contribuido con su trabajo historiográfico a generar una nueva forma de escribir la historia que, por su propio contenido, considera a la narrativa como explicación histórica y que de alguna manera también significa el entrecruzamiento de la historia que rescata el acontecimiento, lo particular (pero que, a su vez, también lo trasciende), situación que ha permitido pensar a la historia desde diversas fronteras (lo económico con lo biográfico o personal, por ejemplo) y como una ciencia en permanente construcción, que es invadida por el tiempo y el espacio.

La transición entre la historia que cifraba sus certidumbres en lo científicamente medible y una historia que aspira a ser un "discurso de lo real" sobre un pasado que se intenta recuperar y comprender es, por ejemplo, la obra del historiador Emmanuel Le Roy Ladurie con su texto *Montilleau*, que ha transitado de una historia de estadísticas, de números, a una historia que expone un suceso, dedicando libros completos a la narración de un único acontecimiento y, a través de ese suceso, comprender la estructura global de una sociedad, que condiciona el problema estudiado, sin por ello perder rigor científico.¹⁵

El profesor Emmanuel Le Roy Ladurie ha trazado un retrato único e inolvidable acerca de la vida y la muerte, el trabajo y el sexo, la religión y las costumbres dentro de una aldea de los Pirineos de comienzos del siglo XIX. *Montilleau* es significativo por dos razones: la primera es que ha llegado a ser uno de los libros más vendidos en

¹⁴ Corcuera, *op. cit.*, p. 238.

¹⁵ En su afán científico, Le Roy Ladurie llegó a afirmar que "el historiador de mañana será programador o ya no será". Roger Chartier, "Estrategias y tácticas. De Certeau y las artes de hacer", en *Escribir las prácticas*. Foucault, Certeau, Marin, Argentina, Manantial, 1996, p. 64.

Francia en el siglo XX; y la segunda es que no nos cuenta un relato de manera directa —ya que tal relato no existe—, sino que vaga de un lado a otro por el interior de las mentes de las personas.¹⁶

Con la narrativa vista como explicación histórica, podemos asistir a un nuevo y diferente impulso que han tomado los estudios históricos, en la medida en que no se trata sólo de contar historias de individuos, por el hecho de contarlas, sino de buscar la explicación de su hacer en la globalidad. Si se cuenta el relato de una persona, un juicio, o un episodio dramático, no es por lo que representan por sí mismos, sino con objeto de arrojar luz sobre los procesos internos de una sociedad, cultura o comunidad; la narrativa de lo “particular” es la forma que tenemos para esclarecer alguna cuestión más amplia.

La aceptación de que la narrativa es explicación histórica señala el ocaso del paradigma de la historia que para ser científica tiene que establecer explicaciones nomológico-deductivas o que sus demostraciones científicas sólo pueden estar basadas en la economía, la demografía o la sociología. Con ello, se abre la posibilidad de que la historia se vea enriquecida por la influencia de la psicología, la antropología, la política, la semiótica, etcétera, ofreciendo un discurso más comprensivo. Esta nueva forma de apropiarse del pasado ha estimulado a los historiadores a “contar historias” valiéndose de la narratividad de lo histórico, para revelar las tendencias antagónicas que, sobre un determinado acontecimiento, se gestaron.

*Enseñar el pasado, el presente y lo posible*¹⁷

Hasta hace poco tiempo, la explicación narrativa en el conocimiento histórico ha sido subestimada por considerarla una mera precisión estilística más que una forma de comprensión e interpretación del mundo. En su afán por ser considerada como un conocimiento científico, la historia abandonó lo narrativo en su explicación, escondiendo y relegando todo parentesco con “*la comprensión, la interpretación, la ficción y la imaginación*”; cualquier cosa que tuviera ciertos aires narrativos se relegaba. El argumento esgrimido ante tal situación era que todo lo que narra particularidades no puede aspirar a ser una historia científica y que el simple narrar no explicaba los porqués de los hechos históricos; habría que buscar las causas, para no ser considerada una ciencia del espíritu o una ilusión del pensamiento. Por ello, la historia tuvo que adecuarse al modelo de cientificidad dominante.¹⁸

¹⁶ Enrique Krauze, “Historias, tiempos, civilizaciones. Entrevista con Emmanuel Le Roy Ladurie y Octavio Paz”, en *Personas e ideas*, México, Vuelta, 1989.

¹⁷ Idea tomada de Jerome Bruner, *La educación, puerta de la cultura*, España, Visor, 1995.

¹⁸ Desde el siglo XVI, el ideal de cómo entender cualquier cosa es explicarla causalmente a través de una teoría, es decir, para que una proposición sea considerada científica tendría que cubrir el requisito de causalidad. El planteamiento científicista de la historia implicaba una causalidad que podría ser planteada así: x sucedió

La narrativa considerada como el “dato en bruto” que sólo “describe lo que sucedió” pero no explica, o bien como literatura que embellece los informes contando las anécdotas preliminares de los grandes descubrimientos científicos, que desaparece al momento de pasar a la explicación propiamente científica, ha sido recluida en los sótanos de la investigación debido a que aborda lo particular, por lo que no puede aspirar (ni tendría por qué) a formar abstracciones y generalizaciones.

El eclipse de la narración como comprensión histórica está derivado desde dos perspectivas totalmente heterogéneas y desde diferentes ámbitos de competencia, de acuerdo con lo que señala Ricœur; la primera de ellas apunta a eclipsar el acontecimiento como parte sustancial de la escritura de la historia, posición asumida por los primeros *Annales*, que combatían al acontecimiento y al individuo como el objeto de la historia. La segunda posición implica la desaparición de la narración en la escritura de la historia en aras de la búsqueda de la generalización, posición asumida por la corriente analítica de la filosofía y por la historia económica norteamericana; ninguna aceptaba la narración como soporte de la explicación histórica.

A pesar de este rechazo a la narrativa para la comprensión del mundo, encontramos a la narratividad en la mayoría de los trabajos académicos de los historiadores como la forma que asume la explicación de los fenómenos; en este sentido, es interesante retomar lo dicho por Ricœur (1995), cuando precisa que lo narrativo juega un papel decisivo en la organización del significado y por tanto también de la mente, así que la operación de narrar puede definirse de modo amplio como una síntesis de múltiples eventos e incidentes en un relato completo y singular: la narración los organiza como un todo inteligible; el camino hacia el conocimiento no sólo es por la vía de lo lógico y lo formal.

El conocimiento histórico es, por decirlo de alguna manera, un diálogo del presente hacia el pasado, una búsqueda constante de significaciones a las huellas que dejó el pasado, y es en esta búsqueda donde se construye la interpretación. De la misma manera que se intenta enseñar en la institución escolar los métodos o procedimientos de la explicación científica —con rigor y sistematicidad—, se debe enseñar los métodos interpretativos y narrativos de las otras ciencias que no son consideradas como “duras”; nos referimos a la historia, las ciencias sociales y la literatura como forma de “crear mundos posibles”.

La forma más natural y más temprana en que organizamos nuestra experiencia y nuestro conocimiento es la narrativa, dado que lo narrativo nos per-

porque se daban las condiciones *a, b, c*. Entender los antes es la más espontánea de las explicaciones históricas a todo hecho; es generada por hechos anteriores y distintos. Aunque hay que señalar que la cuestión de la causalidad en la historia no es tan simple como parece; plantea importantes problemas, dado que la causalidad no sólo es un “chorizo o cadenas”, como lo señala el historiador Luis González, sino que la causalidad debe buscarse en múltiples factores que le pueden dar sentido a un fenómeno individual, en diferentes niveles. Sin embargo, este modelo de explicación fue consagrado como el único camino hacia el entendimiento verdadero y la aprehensión de la realidad.

mite comprender el mundo real, construimos las historias llamadas del mundo real de forma muy parecida a como construimos las ficticias: las mismas reglas de formación, las mismas estructuras narrativas. Sencillamente, no sabemos ni sabremos nunca si aprendemos la narrativa a través de la vida o la vida a través de narraciones: probablemente las dos cosas. Pero nadie cuestiona que la narrativa es el vehículo por el cual aprendemos y hacemos comprensible la vida, así como la lógica binaria o el entendimiento de las reglas asociativas, comunicativas y distributivas nos ayudan a entender lo que es el pensamiento algebraico y matemático.¹⁹

Cuanto más habilidades cognitivas se pongan en marcha para lograr apropiarse de la lógica de construcción de la historia, más cerca estaremos de la comprensión y re-construcción de la realidad sociohistórica; el hombre posee el don especial de comunicar sus pensamientos y sentimientos objetivándolos en el mundo y dotándolos de una forma relativamente sólida, mediante la narración.

Si se acepta el primer conjunto de ideas de la presente reflexión habremos de convenir en que el acercamiento con la historia tiene que ser mediante un contenido significativo,²⁰ para que el alumno pueda adentrarse en la comprensión histórica, donde los agentes estén cargados de acciones humanas y no de conceptos abstractos e impersonales. Se trata no sólo de conocer los hechos del pasado, sino de apropiarse del proceso que conduce a conocer dicho conocimiento; de esta manera, el alumno puede apropiarse progresivamente de esta lógica de construcción de la historia, en la que el conocimiento adquirido no es nunca definitivo, sino que las nuevas experiencias generan un reconocimiento constante de los conocimientos adquiridos en el marco de nuevas experiencias.

El historiador Fernand Braudel señala que para transformar el discurso historiográfico en un discurso didáctico hay que olvidarse de los términos abstractos y de generalizaciones. Para comprender la historia hay que partir también de la riqueza de lo particular para entender lo conceptual,

para transformar la "novela escolar" en "novela de aventuras", no existe más secreto que buscar la sencillez, que es claridad, la luz de la inteligencia [...] Para hacerse entender "hay que olvidarse de los términos abstractos". Para hacerse escuchar, "dejar a la historia su interés dramático" y procurar que la historia sea siempre interesante. Habrá que pasar de la actividad histórica a la actividad didáctica. ¡Atención! La historiografía ha atravesado lentamente diferentes fases, fue la crónica de los príncipes, la historia de las batallas, o el espejo de los acontecimientos

¹⁹ Bruner, *op. cit.*

²⁰ "La cuestión del significado no radica en buscarlo como rasgo inmanente de las cosas, sino en reconocer que éste es creado. La naturaleza no genera significado alguno, las sociedades sí. El significado de un símbolo, es decir, comprender su connotación, es una tarea que recae en el propio intérprete. Apelando al carácter triádico de las propuestas tanto de Pierce como de Vygotski, quienes coinciden en proponer un carácter terciario del signo, podríamos pensar la relación semiótica mediante la solidaria intervención de un intérprete, un signo o representamen y un objeto referente." Adrián Medina, "La naturaleza narrativa de la mente y de la pedagogía", en *Educación*, 1997.

tos políticos. Hoy, gracias a los esfuerzos de algunos pioneros, ahonda en realidades económicas y sociales del pasado. Estas etapas son como escalones de una escalera que conduce a la verdad, "no sacrifique ninguno de los escalones cuando esté en compañía de los estudiantes [...]" Lo importante para explicar la marea no es partiendo de la teoría científica más exacta que se pueda hacer, sino llegando a ella (de lo práctico a lo teórico).²¹

En este párrafo escrito por Braudel se encontraría una pista de cómo algunos historiadores conciben la enseñanza de su conocimiento, aunque él no mencione la palabra narrativa está haciendo referencia a una explicación histórica que no se gesta necesariamente en un entramado conceptual jerarquizado, o en proposiciones analíticas, sino en la explicación narrativa. A pesar de estos progresos teóricos que consideran a la narrativa como explicación histórica, para algunos historiadores, ésta no es considerada como expresión científica del conocimiento histórico, sino como un medio de divulgación, de hacer digerible el conocimiento histórico, para el consumo de las masas. Sin embargo, valdría precisar que la narrativa histórica es mucho más que la forma en que se expresa un conocimiento, la narrativa "debe entenderse como una operación de conocimiento que no pertenece al orden de la retórica sino que plantea como central la posible inteligibilidad del fenómeno histórico, en su realidad borrada, a partir del cruce de sus huellas accesibles".²²

La narrativa, al ser concebida, equívocamente, como una acción que sólo "cuenta historias" y que es proclive a crear universos imaginativos o fantasías, es rechazada como propuesta de enseñanza-aprendizaje en la historia, ya que, según esta argumentación, llega a confundir la realidad histórica con el mundo de las ficciones, es decir, que la narrativa en la historia borra la objetividad de la realidad histórica. Por el contrario, la narrativa histórica se revela como lo que es, en la medida en que da significación a los acontecimientos de lo real, ya que configura una historia en la que organiza y da sentido a la realidad caótica. Y esta configuración se hace desde un presente, que imprime historicidad a los acontecimientos del pasado; por ello, el pasado está configurado por las interpretaciones del presente: la narrativa circula permanentemente en el plasma del tiempo y no termina, como sería el caso de una crónica o un cuento de niños, sino que precisamente por estar imbuida de la conciencia del presente de quien escribe esa narración está abierta a su discusión y a su permanente reconstrucción como producto social con historicidad.

En este sentido, la narrativa histórica constituye a la historia como dotada de sentido a través de la interpretación de la experiencia del tiempo o de la capacidad del hombre para desplazarse en las dimensiones temporales del pasa-

²¹ Maurice Aymard, "Braudel enseña historia", en *Pedagogía*, México, v. 11, n. 8, 1996.

²² Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, España, Gedisa, 1995, p. 75.

do, presente y futuro, en una continuidad que permite la orientación en el presente y hacia el futuro. La narración es, pues, la operación constitutiva de la conciencia histórica, y narrar, la manera específica de explicar del pensamiento histórico, o sea que el hombre se humaniza en la medida en que narra.

Así pues, la narrativa, cuyo contenido es tanto hechos fácticos como significación y sistematicidad en un todo coherente, exige que los hechos en su particularidad y el relato narrativo en su generalidad deben satisfacer un criterio de valor de verdad así como de coherencia. Y el criterio de coherencia invocado es precisamente el análisis lógico de una realidad social que produce enunciados lógicamente congruentes entre sí y que en su totalidad son síntesis. En la medida en que el hombre narra es que asume su historicidad y en ese narrar está implícita la función comunicativa que en sí misma tiene la narrativa, ya que finalmente es un discurso escrito sobre un referente: el pasado.

Si la narrativa histórica se entiende como la organización de ciertas huellas que ha dejado el pasado, con una secuencia ordenada y significativamente entramada en un relato coherente, el objetivo principal del aprendizaje histórico sería desarrollar en los estudiantes la competencia narrativa. Para Ricœur la competencia narrativa es la facultad de construir relatos y poderlos seguir, lo cual a su vez depende de una competencia práctica o facultad de actuar, condición necesaria para configurar el relato histórico. Así que se puede llamar competencia narrativa al despliegue de las capacidades cognitivas que tienen que adquirirse a través del aprendizaje histórico para orientar la propia vida práctica en un espacio y un tiempo determinados.

Concebir la explicación histórica desde esta perspectiva plantea que la historia no se puede enseñar como sinónimo de "contar un cuento de una historia real", sino que la historia que se enseñe debe ser vista como parte de la realidad social y por lo mismo debe aspirar a ser un instrumento de análisis para generar una conciencia crítica, en la medida en que narrar eventos es interpretarlos: una narración supone una secuencia de acontecimientos caracterizada en términos generales como una estructura que se concreta en una trama o argumento con un principio, un medio y un fin; a su vez esta trama contiene en sí misma una valoración implícita de los acontecimientos. De esta manera "las historias" le permitirían explorar las conexiones que existen entre lo cotidiano y la realidad histórica; en otras palabras, cuando el alumno puede dar textualidad a lo que comprende es que está interiorizado en la inteligibilidad de la realidad histórica.

Paul Ricœur señala que la narrativa no es la suma de acontecimientos, sino la argumentación de lo configurado por la trama.

no basta simplemente de relatar lo acontecido, con mayor o menor exactitud, porque a veces el relatar es simplemente el reseñar la secuencia de contingencias que se dieron lugar en el pasado. Los relatos que cuentan no deberían confundirse con las narrativas históricas, porque típicamente estos relatos carecen de la referencialidad

con el tiempo, que da a los acontecimientos relacionados en el relato el aura de historicidad. Sin este particular referente, el relato, por interesante que sea carece de la relación con la estructura de temporalidad.²³

Los acontecimientos registrados en la narrativa histórica son reales precisamente en la medida en que no pertenecen a la fantasía, sino que obtienen su significación a partir de la posición e importancia que le da un marco teórico-referencial y sobre todo por su relación con la temporalidad. Los acontecimientos encuentran un lugar en la narrativa que da fe de su realidad si conducen al establecimiento de la inteligibilidad de lo social.

Lo que he sugerido en el desarrollo de este ensayo es que el valor de la narrativa está dado por la representación de acontecimientos reales organizados en una trama,²⁴ que revela coherencia, integridad, plenitud de una interpretación, o noción de realidad que tiene el que escribe esa narración. Por ello, es factible "contar historias" que hagan comprensible la realidad histórica, dado que la narración histórica es una percepción de vida y mundo, que intenta explicarla creando "mundos posibles" o búsqueda de significación de los acontecimientos históricos.

La historia o re-construcción de hechos reales evidentemente no posee los mismos atributos que tiene una narración sobre acontecimientos imaginarios (que pueden tener un fin y un principio bien estructurado, puede darse la libertad de que los hechos hablen por sí mismos), ya que la realidad no se presenta como algo acabado e inteligible sino como un todo caótico e incomprensible a la simple observación. Hay que buscar, seleccionar y atar razonadamente los acontecimientos que formarán parte de esa explicación, es decir, de esa trama, que no es otra cosa más que la mediación entre los acontecimientos y ciertas experiencias humanas en una temporalidad determinada.

La narración es mucho más que el medio que elige el historiador para expresar su historia; es, ante todo, la búsqueda de significados de esa realidad. Si sólo fuera cuestión de presentación se podría utilizar cualquier modalidad de la escritura de la historia (la crónica, los anales, etcétera), como forma en que la realidad se expresa.

En otras palabras, una historia narrativa tiene el mérito de emocionar a los alumnos, de sumergirlos en la belleza de la cotidianidad del hombre, de dar a conocer las formas de relación de las colectividades, de penetrar en las historias individuales para poder comprender y explicarse el contexto social.

²³ Citado por Hayden White, en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, op. cit., p. 181.

²⁴ El significado de los relatos está en su "entramado"; mediante el entramado, una secuencia de acontecimientos se configura o se capta de conjunto, se le da significación a fin de representar simbólicamente lo que de otro modo sería sólo una crónica de acontecimientos. Paul Ricœur, op. cit., p. 137.

Las consecuencias de este enfoque teórico para el proceso concreto del aprendizaje histórico son varias: el sujeto no se queda en actitud pasiva de recibir el conocimiento histórico como si fuese algo dado fuera de él, sino narrando historias se convierte en participante activo y productivo dentro del proceso de aprendizaje. La ya mencionada meta de este proceso, la competencia narrativa, no significa que se aprenda cualquier forma de narrar, sino la manera de narrar racionalmente. El potencial racional es el discurso, es decir, la presentación de argumentos, por qué se narra de una manera determinada y no de otra. Este potencial racional implica también reconocer que somos resultado de una socialización previa, que tenemos buena parte de la historia que habrá de reflexionar ya dentro de nosotros.²⁵

En la escritura de la historia siempre queda la posibilidad de que otras cosas hayan sucedido antes del comienzo de la historia específica o de que algo ocurra después. Esa dimensión temporal es la que, al final de cuentas, permite al texto mantener su calidad de texto histórico. En palabras de Ricoeur: "Es sólo mediante la rectificación sin fin de nuestras configuraciones como nos llegamos a formar una idea de los inagotables recursos del pasado."²⁶

En la medida en que la narración histórica maneja básicamente los resortes de la imaginación y nos permite, a su vez, comprender y hacer inteligibles los hechos históricos, la narrativa puede tener una función psicopedagógica, en tanto que nos proporciona un "discurso histórico" con todas las implicaciones que esto pueda tener (realismo, metodología, posición ideológica del historiador, supuestos teóricos de la investigación, etcétera) y una forma que puede expresar un contenido, sin el embrollo de las categorías analíticas. Se trata de apuntar hacia una propuesta educativa que logre trascender el estudio del pasado como mera información moral-cívica o como adorno cultural informativo y que a su vez posibilite "mundos posibles" (Bruner).

Hay que desarrollar en el alumno la competencia "interpretativa del modo de razonar de la historia". Los alumnos tienen que aprender a utilizar las habilidades del historiador y no conformarse con ser simples consumidores de "historias llenas de verdades" que sólo ensalzan o vituperan acciones de los personajes. Hay que incentivar en ellos la capacidad de crear "historias", de salirse de la historia tradicional que nos obliga a repetir contenidos. Donde hay el olor de carne humana, hay historicidad y por ende la posibilidad de interpretar. La narración es, pues, una forma de pensar, una estructura que nos permite organizar nuestro conocimiento y un vehículo en el proceso de la educación, particularmente en la educación de las ciencias que estudian al hombre.

Como se ha señalado en este texto, a la narrativa se le ha confundido fácilmente con una forma de expresión que no posee proposiciones científicas; frases

²⁵ Verena Radkau García, "Aprendizaje histórico. Algunas consideraciones y propuestas didácticas desde la óptica alemana, en *Taller-Encuentro: Identidad en el Imaginario Nacional: Re-escritura y Enseñanza de la Historia en Países Latinoamericanos*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 1997.

²⁶ Ricoeur, "La realidad...", p. 184.

como "no es un material realista de la ciencia" o "no es digno de enseñarse ya que carece de proposiciones comprobables" tienden a subestimar esta forma legítima de aprendizaje. Por ello, es necesario acotar que la narrativa es una forma de dar sentido a las experiencias vividas por el hombre,

desde un saludo o un gesto que se profiere a un individuo de banca hasta el sentido que tiene una carta entre gobernantes, pongamos el caso de la carta que escribe el zar Nicolás a su primo Guillermo II. Dichas cartas en sí mismas tal vez dirían poco del contexto en que se inicia la guerra mundial; sin embargo, para entender su sentido, tendríamos que enmarcarlas en una narrativa. Y los relatos necesitan una idea sobre las situaciones humanas de interacción, presupuestos sobre si los protagonistas se entienden entre sí, preconcepciones sobre criterios normativos. Son cuestiones de este tipo las que nos permiten llegar con éxito de lo que alguien dijo ya lo que quería decir, de lo que parece ser el caso a lo que es "en realidad". Aunque el método científico no es nada irrelevante a todo esto, sin duda tampoco es la única vía para entender el mundo.²⁷

Pero para reconocer el potencial educativo de la narrativa habría que cambiar nuestra concepción del aprendizaje y reconocer que la mente del niño es multívoca y que la historia no tiene un solo camino interpretativo.

BIBLIOGRAFÍA

- AYMARD, Maurice, "Braudel enseña la historia", en *Pedagogía*, México, Universidad Pedagógica Nacional, v. 111, n. 8, 1996.
- BERMEJO, José, *Entre historia y filosofía*, Barcelona, Akal, 1994.
- BRUNER, Jerome, *La educación, puerta de la cultura*, España, Visor, 1995.
- BLOCH, Avital, "Gertrude Himmelfarb en contra de las nuevas historias", en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 4, 1995.
- CARRETERO, Mario, *Construir y enseñar. Las ciencias sociales y la historia*, Argentina, Aique, 1995.
- CHARTIER, Roger, "Estrategias y tácticas. De Certeau y las artes de hacer", en *Escribir las prácticas. Foucault, Certeau, Marin*, Argentina, Manantial, 1996.
- , *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, España, Gedisa, 1995.
- DANTO, Arthur C., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, Paidós, 1989.

²⁷ J. Bruner, *op. cit.*, p. 149.

-
- DEVAL, Juan, *Aprender en la vida y en la escuela*, Madrid, Morata, 1999.
- DURÁN, Norma, Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, *Metodología III. Historia y narración*, México, UAM, División en Ciencias Sociales y Humanidades, 1997.
- Enciclopedia práctica de pedagogía (Técnicas pedagógicas II)*, Barcelona (España), Planeta, 1988, v. 4.
- KRAUZE, Enrique, "Historias, tiempos y civilizaciones. Entrevista con Emmanuel Le Roy Ladurie y Octavio Paz", en *Personas e ideas*, México, Vuelta, 1989.
- LE GOFF, Jacques, "La nueva historia", en Jacques Le Goff, Roger Chartier y J. Revel, *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1998.
- MEDINA LIBERTY, Adrián, "La naturaleza narrativa de la mente y la pedagogía", en *Educación*, Universidad de Guadalajara, nueva época, n. 9, abril-junio de 1999.
- PEREYRA, Carlos, *El sujeto de la historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- RADKAU GARCÍA, Verena, "Aprendizaje histórico. Algunas consideraciones y propuestas didácticas desde la óptica alemana", en *Taller-Encuentro: Identidad en el Imaginario Nacional: Re-escritura y Enseñanza de la Historia en Países Latinoamericanos*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 1997.
- STONE, Lawrence, *El pasado y el presente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- RICCEUR, Paul, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995.
- , "La realidad del pasado histórico", en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 4, 1995.
- VEYNE, Paul, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, Fragua, 1972.
- WHITE, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, España, Paidós, 1992. □